

Un nuevo idealismo

Para resolver los desafíos de la próxima década, el Partido Laborista necesita forjar un ethos político de la igualdad, de la comunidad y del apoderamiento (autonomía)

Por naturaleza, la actitud progresista tiende al descontento. Tenemos sueños de un mundo mejor, nos enojamos ante la injusticia, creemos que el gobierno sí puede cambiar las cosas, y tenemos una visión optimista de la naturaleza humana. ¿Debemos estar satisfechos o descontentos con la pasada década, y cómo debemos renovar la agenda progresista?

La política progresista ha demostrado una capacidad para la buena gestión económica como nunca antes había ocurrido en este país. La inversión pública ha ayudado a regenerar nuestros servicios públicos y a crear nuevas instituciones del espacio público, como 'Sure Start' (programa gubernamental 'Inicio seguro'). Los trabajadores han visto aumentar su renta y sus derechos, desde bonificaciones fiscales hasta días de vacaciones pagados. El ethos del país ha girado a la izquierda en los derechos de los gays, el medio ambiente, el desarrollo, e incluso en las preferencias en materia de política fiscal y gasto público.

Lo que importa es si estas mejoras son el inicio o el final de un proceso. Esta etapa de gobierno progresista no iba a ser como de 1945 a 1951: el 'big bang'. El modelo para nosotros está seguramente más cerca de la socialdemocracia escandinava: cambio progresista sostenido en el tiempo que hace tejer valores progresistas de forma profunda en el tejido del país. ¿Por qué importa esto? Porque desplaza el terreno central de la política hacia el campo progresista de forma irreversible. Si ése es el modelo, todo está en juego.

Como muchos han señalado, la renovación mientras se gobierna es una de las cosas más difíciles de realizar. Pero no es imposible. Requiere algunos ingredientes clave. El primero de todos, ethos: cada acción y cada propuesta deben trasladar un sentido claro de lo que representa una política progresista. En segundo lugar, prioridades claras: ¿cómo responde la política progresista de forma específica a los desafíos de construir una sociedad con el ethos que deseamos? Tercero, práctica política: ¿podemos vivir nuestro ethos en la manera en que desarrollamos nuestras políticas?

El primer fundamento para un ethos de la política progresista debe ser la igualdad - incluyendo la convicción de que todos deben tener una oportunidad justa para desarrollar su potencial. En buena medida, la política progresista es el convencimiento de que la gente puede alcanzar cosas extraordinarias, pero que para ello necesita las oportunidades adecuadas para hacerlo.

En nuestra búsqueda de la igualdad, nos enfrentamos a tres desafíos particulares aún más difíciles que en 1997: los desafíos del medio ambiente, de la globalización, y de la desigualdad basada en los recursos. De formas distintas, dificultan la tradicional búsqueda de la igualdad, pero también proporcionan argumentos más claros que nunca para una política progresista.

La realización de la sostenibilidad ambiental requiere que los mercados se desarrollen en el marco de las leyes y de las normas de la sociedad, que reflejan un sistema de valores sociales y políticos. La globalización demuestra que el gobierno debe desempeñar su necesario papel de asegurar que las personas no son

abandonadas a su suerte, y que las ventajas y las cargas están compartidas de forma justa. Las cuestiones relativas al mercado de la vivienda demandan atención prioritaria para proporcionar más viviendas, en todas sus formas, y a procurar maneras que permitan a los individuos acumular recursos.

Pero con estas mayores presiones a las que se enfrenta el proyecto igualitario, la cuestión más importante de la política sigue siendo la educación. Y aunque la reforma y la inversión en las escuelas deben continuar, la construcción de una sociedad más igual no puede hacerse solamente en las aulas. Sabemos, a partir de la última década, que también necesitamos centrarnos en qué sucede antes de que los niños lleguen a la escuela, qué sucede fuera de la escuela, y sus recorridos profesionales tras la escuela. Eso significa que la educación infantil, los servicios a la juventud y las habilidades vocacionales deben ser más prioritarias en los años venideros.

La igualdad es una parte del ethos progresista. Pero hace falta más que la suma de “yos” para una buena sociedad: mi salud, mi educación, mi trabajo, mi casa, mi pensión – por importantes que sean estas cosas. El desafío consiste también en abordar la cuestión más amplia de no sólo lo que cada uno obtiene para sí mismo, sino de cómo nos relacionamos los unos con los otros y qué clase de sociedad somos.

La idea central aquí es que la sociedad en la que creemos (‘good society’) se basa en un sistema de valores que compartimos, unos valores que giran alrededor de la solidaridad y de la preocupación por los demás. Las instituciones y las prácticas públicas pueden ayudar a unir a las personas, a construir solidaridad y a conectar grupos que de otro modo no interactuarían. A veces esto puede requerir nuevas instituciones, tales como mejores servicios a la juventud o nuevos espacios públicos que ofrezcan facilidades de tipo cultural o comunitario. También se trata de ver cómo utilizamos y cómo construimos a partir de las instituciones existentes - escuelas, centros de salud, bibliotecas y otros espacios públicos - y cómo el gobierno apoya a las instituciones del tercer sector para ayudar a construir comunidades más fuertes.

Estas dos partes de nuestro ethos, igualdad y comunidad, nos conducen a una tercera: apoderamiento (autonomía). Comparado con hace 10 años, desde la economía privada a los servicios públicos pasando por nuestra democracia, la gente, legítimamente, pide más control. El declive del respeto, mayores expectativas, así como la llegada de Internet, proporcionan a la gente motivos para creer que pueden ejercitar un mayor papel en la toma de decisiones sobre sus propias vidas y las de sus comunidades.

El apoderamiento (la autonomía) es el socio de la igualdad, no sólo porque la distribución del poder es una dimensión de la igualdad. Nuestra propia noción de igualdad se debe basar en una convicción de que el individuo es autor de su propia vida. La distinción entre el relato progresista y conservador es que los progresistas creemos que el apoderamiento (la autonomía) individual es complementario al poder público que proporciona apoyo, y que ambos no se contraponen.

Tomar en serio el apoderamiento (la autonomía) implica que debemos devolver simultáneamente más poder a los gobiernos locales y encontrar formas de implicar a los individuos en la toma de decisiones que van más allá de votar una vez cada cuatro años. La falta de implicación de la gente en el proceso político se explica, en parte, por la creencia de que su implicación no comportará diferencia alguna.

Con un ethos firme de la igualdad, de la comunidad y del apoderamiento (la autonomía), necesitamos pensar cómo ponerlos en práctica. Debemos analizar nuestra práctica política.

El atractivo del proyecto progresista antes de 1997 era su sentido de empatía: la percepción de que entendíamos las luchas y las aspiraciones de las familias trabajadoras mejor que los conservadores. Después de la empatía viene el análisis. Necesitamos un relato sobre Gran Bretaña y sobre las vidas de la gente que señale el papel de la política progresista. Y necesitamos sinceridad, siendo honestos sobre los desafíos y los dilemas a los que se enfrentan el gobierno y nuestra sociedad.

Sobre todo, para un partido que lleva 10 años en el gobierno, necesitamos idealismo. La conciencia social sobre cuestiones como la deuda de los países pobres y su desarrollo muestra cómo podemos construir alianzas que van más allá del gobierno y del partido para abrazar una causa y una comunidad más amplias. Necesitamos hacer lo mismo en grandes cuestiones domésticas como la pobreza infantil, donde necesitamos también incidir en la buena disposición de la gente para ser parte de un gran movimiento por el cambio.

Ed Miliband es diputado y ministro para el tercer sector. Esto es un extracto de un capítulo del libro “Política para una nueva generación: la hora de los progresistas”, editado por Nick Pearce y Julia Margo.